Alas de papel

Noah Lloil

Capítulo 1

Una hoja de papel le cortó el dedo al pasar la página; el dolor penetrante provocó que Eva tirase el pequeño libro que tenía sobre sus piernas al suelo, desapareciendo bajo la cama. Alguien carraspeó en la primera planta. El corte se impregnó de sangre y, por puro instinto, se lo llevó a la boca con una mueca de desagrado ante el sabor metálico. No lloró, porque si lloraba la castigaban. Era fácil de entender, una única orden clara y concisa: NO HACER RUIDO. Pero Eva se preguntaba a sus tiernos ocho años, como una regla tan sencilla era tan difícil de cumplir y, ante todo, porqué le aterraba tanto cuando no lo lograba.

Con el dedo aún en la boca, Eva dejó la silla y se agachó de cuclillas mirando la oscuridad que se concentraba debajo de la cama. Recordó cuando Marta la había invitado a dormir a su casa, una de las cientos de veces que lo había hecho, con la diferencia de que esta vez sí le habían permitido ir. A ella le extrañó, pero como tenía un profuso deseo de tener una amiga real, se quedó callada y prefirió aprovechar su breve racha de buena suerte. Con una extraña euforia que nunca había sentido, había hecho la maleta metódicamente (sin ayuda) y había cogido a mayores su mochila de la escuela para llenarla de libros. Quería que Marta conociese a sus mejores amigos, con páginas amarillas y la portada raída. Siempre había pensado que todas las casas eran como la suya, que lo normal era vivir en el silencio; fue una sorpresa ver que en la casa de Marta todos gritaban, reían y corrían de un lado a otro mientras la madre, con el típico tono de preocupación maternal, les rogaba que tuviesen cuidado. La sorpresa fue mayor cuando Eva se enteró de que a Marta no le gustaban sus libros, que sólo quería jugar con sus muñecas y fingir que hacían «cosas de mayores». Eso lo había dicho por la tarde, mientras que a la noche, Eva había visto de reojo como su amiga miraba con ojos temerosos bajo la cama. Por supuesto, ambas convinieron en silencio para sí mismas que estaba bien ser amigas en clase, aunque no hacía falta intentar estrechar una amistad tan dispar.

Ahora, mirando la oscuridad, Eva seguía preguntándose porqué Marta debía hacer su registro nocturno, como si un monstruo fuese a devorarla de no hacerlo. Si existiese, ¿no la devoraría en el momento en el que lo descubriera? Además, ella pensaba que si un monstruo viviera debajo de su cama, se convertiría en su mejor amigo y por fin tendría alguien con quien hablar de sus libros. Porque, razonaba ella, si escogió mi cama es porque le gusta leer.

Eva puso la mano sana sobre el parqué y la otra la pasó por la ropa para limpiarla. Después alzó el edredón y… nada, sólo oscuridad y su libro resaltado por un pequeño hilo de luz. Su rostro no reflejó la desilusión que la abrigó. Al ver su soledad manifestada en la oscuridad de la cama, su

idea de que los verdaderos monstruos estaban fuera se enfatizó aún más.

Recogió el libro levantando el dedo índice por miedo a dejarle una huella ensangrentada. El libro, antes blanco, ahora era una composición de manchas y olores con parte de la portada rasgada (por un arranque de ira que Eva prefería olvidar). En sus manos era tan liviano como los sueños que le producía. Lo estrechó entre sus brazos y cerró los ojos, como si al hacerlo, el propio libro la abrazara de vuelta. Muchos adultos, al verla, le decían con vehemencia que era demasiado joven para comprender las analogías del libro que tanto amaba. Eva no se enfadaba, nunca lo hacía, porque sabía que a los adultos les gustaba fingir que lo sabían todo. Ellos no la entendían, y podría jurar que tampoco entendían lo profundo que ese libro había llegado en su interior.

Para ella era un recordatorio de que, a veces, la única forma de recuperar aquello que amas y ser libre es abandonar hasta el mismísimo cuerpo. Sintió una punzada aguda en el pecho al pensar en eso (la sentía a diario), y las comisuras de sus labios se curvaron formando un puchero. Ella no tenía nada que amase.

Al apoyar la mano herida en el suelo para levantarse, sintió un intenso dolor en el dedo que le recorrió todo el brazo. Dejó escapar un grito ahogado y se llevó la mano a la boca asustada para taparla: había hecho ruido por segunda vez. Alguien en la planta baja maldijo. Era raro, ella estaba acostumbrada al dolor y nunca se quejaba.

Escuchó como se levantaba alguien con torpeza, derribando varias botellas que había por el suelo, y con cada una, su corazón latía más rápido.

El monstruo viene, pensó, pero es un monstruo malo. Estaba tan aterrada que el dolor casi había desaparecido.

Miró hacia el armario, uno de sus últimos escondites que, hasta el momento, seguía siendo un misterio para su monstruo. En las últimas dos semanas, había tenido que usarlo tres veces, toda una proeza para cualquier niño, pero para ella, ya acostumbrada a esa situación, había sido un descuido muy torpe. En esa habitación tan pequeña, los escondites eran limitados, y ya había perdido unos cuantos. El último había sido el pequeño hueco que había entre el escritorio y la cama. Los adultos no reparaban en ese espacio minúsculo porque pensaban que todos eran tan grandes como ellos. Pero ella cogía, y le sobraba espacio. Se escondía detrás de su mochila (sin ruedas, porque eso era algo que no podía permitirse) y colocaba encima, encartado como en el mostrador de una tienda, un jersey embolado para tapar su cabeza. Para que no desentonase, el jersey siempre estaba ahí. Era el escondite perfecto, hasta que un día de primavera estornudó. Ese duró dos meses y dieciséis días. El anterior había estado tras la puerta, ella misma había puesto un

colgador en la pared para dejar su abrigo con varios zapatos y botas debajo. Cuando tenía que esconderse, sólo tenía que ponerse tras el abrigo y dejar que sus zapatos se camuflasen entre todos los demás. Ese era muy bueno, porque nadie repara en lo que hay tras la puerta, hasta que un día el monstruo abrió la puerta de golpe y le golpeó en la cabeza. Ese había durado cuatro meses y tres días. Después de que la descubriera, el castigo había sido cada vez peor. Aún tenía las marcas de uñas en el hombro. Pero Eva siempre se aseguraba de tener un escondite de repuesto, era más previsora que muchos adultos.

El armario era el mejor hasta el momento, quería que le durase mucho tiempo, más que el de la puerta.

Antes de que el monstruo pisase la primera escalera, Eva se abalanzó hacia el armario. Ya no le importaba hacer ruido, pero sí que escuchase el chirrido de la puerta. La abrió de un porrazo a la vez que golpeaba con fuerza el suelo para camuflar el sonido –alguien gritó su nombre–. Delante tenía dos filas a lo ancho y otras dos a lo largo de ropa perfectamente doblada. Las filas de delante eran más altas a propósito. Arriba, separados por color, tenía algunos vestidos y chaquetas. Casi todo era ropa donada o robada (¿había diferencia?). Escondió el libro en una de las filas de ropa delanteras. Mientras apartaba los dos montones de atrás, pensó en las veces que la había llevado al contenedor de ropa para coger algunas prendas que estaban nuevas, y la gente tiraba porque se aburría de ellas.

—¿Eso no es para gente necesitada? —había preguntado con un deje tembloroso en la voz.

El monstruo la miró de forma despectiva, justo antes, a Eva le pareció percibir un rastro de vergüenza.

—Yo lo necesito —sentenció antes de cogerla y meterla por el hueco del contenedor. Había elevado la voz en el «yo».

Eso lo habían repetido muchas veces, aunque Eva comenzaba a ser demasiado grande y pronto perdería la poca utilidad que el monstruo podía sacar de ella. Cada vez tenía más miedo de quedarse atascada, y la noticia de un joven que había muerto asfixiado por colarse en un contenedor de ropa, no la había ayudado.

Al tiempo que el monstruo terminaba de subir las escaleras tambaleante, Eva se metió en el armario, cerrando las puertas con una tos fingida y se acostó al fondo, colocando las dos filas más pequeñas de ropa sobre ella. Estaba a oscuras y eso no le importaba. Había notado que a Marta le daba miedo la oscuridad, porque dormía con una linterna con el dibujo de un sol y una nube al lado de su cama. Eva no se podía permitir temerle a la oscuridad, con el paso de los años, más que miedo, había descubierto que

podía ser una buena aliada –a veces, la mejor–.

—Niña tonta —comenzó a rumiar el monstruo arrastrando las vocales—. Tonta, tonta, tonta… ¡Tonta! —la a final se fusionó con un grito de frustración.

Eva pudo notar la peste a alcohol antes de que el monstruo llegase a su cuarto. Escuchaba como una botella chocaba contra la pared porque apenas conseguía dar dos pasos sin tropezar. En cualquier momento, golpearía la botella tan fuerte contra un lateral que se ropería y los cristales acabarían sobre la alfombra hecha jirones. Tendría que recogerlo ella. Eso la hizo pensar en las botellas que había escuchado antes. ¿Cuántas se había tomado? Podían ser seis o siete, no lo sabía con exactitud, pero había tomado muchas, y cuando bebía era mucho peor.

—Eres una malcriada— de nuevo, arrastraba las vocales y no era capaz de pronunciar la letra r. Ni siquiera había dicho «malcriada», sino maquiada—. ¡Cría de mierda! ¿Te crees mejor que yo? Lo noto cuando me miras con esos ojos de sabionda. Eres una empollona y todos te odian. Tenías que estar muerta. ¡Yo quería que te murieras! ¡Bien muerta y callada! ¡Muerta, muerta, muerta! —y comenzó a reír con demencia.

En ese momento, el monstruo dio un traspié y la botella se rompió contra el marco de la puerta, cerca del armario. El alcohol se derramó por el marco, dejando una mancha húmeda que se extendía hasta los cristales del suelo. Un grito agónico ensordeció a Eva. Se imaginó esos dientes amarillentos y podridos que la obligaban a apartar el rostro cada vez que le hablaba. Las lágrimas acudieron a sus ojos y las derramó en silencio. Mientras no hiciera ruido estaría a salvo.

El monstruo seguía gritando con una rabia desmedida, como un niño con una pataleta en medio del supermercado porque no le compran lo que quiere. Se echó al suelo de rodillas y lamió el alcohol del marco. A Eva no le hacía falta verlo para saber qué ocurría, ya lo había visto muchas veces. El monstruo lloraba porque derramaba su bebida favorita y se abalanzaba hacia los restos desesperado, anhelando que su lengua catase un poco más de esa ardiente bebida. Lo había visto en la alfombra de la sala, en la cocina y, en varias ocasiones, al lado del váter con restos de vómito. Una vez, cuando había ido a visitar a sus abuelos en una granja, había visto a los cerdos beber de una bañera reciclada, medio enterrada en el suelo –allí todo se aprovechaba–. Estaban amontonados, con el agua marrón, llena de restos de hierba y pienso. Bebían de su propia suciedad, y la desesperación de ellos era tan grande que les daba igual. Eva pensó que era asqueroso y que el monstruo era como ellos.

Oía arrugando la nariz como el monstruo restregaba la lengua de arriba abajo con un sonoro «aaaah». La postura le dificultaba respirar, podía escucharlo. Eva sabía que era cuestión de tiempo que llegase al suelo y

comenzase a chupar la alfombra. No debía hacerlo, ella lo sabía, podría lamer e ingerir un trozo de vidrio. Había leído sobre eso en uno de los libros gordos de la biblioteca, con muchos términos médicos que aún no entendía. No era tan peligroso. En la mayoría de los casos, el vidrio no causaba ningún daño y era expulsado por la materia fecal. Pero, ¿y si consumía un fragmento lo suficientemente grande como para que dañase su esófago o la pared abdominal? No, eran peores los pequeños y puntiagudos, los que podrían atravesar el tejido y acabar en cualquier parte de su cuerpo. Eva se preguntaba si se sentiría culpable. Para su sorpresa, deseó que ocurriera. Deseó que continuase lamiendo la alfombra y que no tomase uno, sino dos o tres trozos de vidrio: pequeños y punzantes, grandes y afilados; de todo tipo y tamaño. Maldita sea, ella quería que el monstruo desapareciera, y le daba igual si sufría en el proceso. Si sufría, mejor.

Eva notó como las lágrimas se hacían más grandes y numerosas, empezaba a ser difícil llorar en silencio. Comenzó a formarse un charco en la madera donde Eva tenía la cabeza apoyada. Toda su mejilla se mojó, creando un surco hasta la comisura de su boca. Ahora era ella a la que le costaba respirar, quería sorber la nariz para impedir que gotease, pero no podía hacer ruido. En lugar de eso, abrió la boca y respiró despacio. Antes, se mentalizó para no sollozar.

Ya no sabía quién era el monstruo, si ella o lo que estaba fuera. Extendió la mano temblorosa hasta la fila de ropa que estaba delante de ella, lo hizo muy despacio, y metió la punta de los dedos para sentir el contacto del libro. Eso la tranquilizó, casi pareció escuchar al niño decirle que todo iba a ir bien. Y eso la hizo sentir culpable, porque el Principito jamás le había deseado la muerte a nadie, a ninguno de los adultos tan ocupados con los que se había encontrado. No. Él había sentido pena por ellos y se había ido. Ella también quería sentir pena e irse, pero no podía, y las marcas de las uñas en su hombro hacían que fuese muy difícil sentir pena.

Lo siento, pensó. Esa disculpa no iba dirigida al monstruo, sino al Principito, porque ella no era tan fuerte como él.

El monstruo comenzó a revolver los cristales. Casi parecía un perro famélico en el cubo de la basura.

—Aquí aún hay —canturreó feliz.

Eva cerró los ojos con fuerza, no porque buscase la oscuridad, eso ya lo tenía, sino porque esperaba lo peor. Era un momento decisivo: si salía, el monstruo la devoraría; y si no lo hacía, moriría desangrado… Y la responsable sería ella. Mientras escuchaba como el monstruo revolvía el vidrio del suelo y comenzaba a succionar la alfombra, se dijo a sí misma que ese era el momento, que a la cuenta de tres se levantaría, saldría y

dejaría que desahogase su frustración con ella. Perdería su escondite, y aún no había encontrado uno de repuesto.

¡No! No puedo pensar en eso, se dijo. Entonces, se percató de que estaba helada y de que sus dientes castañeaban, estaba casi segura de que no temblaba por culpa del frío. Su escondite ya no era tan seguro, si el monstruo abriera la puerta del armario se encontraría con dos filas traseras de ropa vibrantes que la delatarían. Debía acabar con eso, sobre todo, porque se había dado cuenta de que estaba aplastando con fuerza su libro por culpa de la tensión. Pobre Principito, pensó. A este paso le dejaría marcas permanentes –y eso le dolía más que todos los moratones de su piel–.

Eva decidió contar hasta tres y salir. Con suerte, si lo hacía rápido, el monstruo la vería demasiado tarde y no sabría cuál era su escondite. Se dio cuenta de que eran las esperanzas de una niña de ocho años, pero esas esperanzas eran lo único que tenía.

Apartó la mano del libro y cogió aire.

Una, dos y… ¡tres!

Pero no ocurrió nada. Los cristales siguieron moviéndose. El monstruo continuaba sorbiendo la alfombra y Eva seguía dentro del armario, no se había movido ni un centímetro. Algo había impedido que saliera. Era un poder muy superior a cualquier fuerza externa, era algo que nacía desde el interior. Y sabía lo que era. Odio. Porque Eva quería que el monstruo muriera, aunque eso la transformase en el siguiente monstruo. Ahora que lo había aceptado, dejó de llorar. No podía abandonar su cuerpo como había hecho el Principito, estaba encarcelada a ese monstruo y sólo uno de los dos podía sobrevivirle al otro.

Y yo, se dijo Eva con rostro impávido, no quiero morir.

Reprimió cualquier deseo de ayudar al monstruo mientras este seguía revolviendo los cristales. Un nudo de culpabilidad se atoró en su garganta, provocando que su esófago se cerrara. Enterró su rostro en la fila de ropa de delante para amortiguar cualquier sonido que pudiese escaparse de su boca. Tenía que pensar en algo bonito para relajarse. Pero, ¿en qué? Lo que más le gustaba en el mundo eran sus libros, era lo único que le permitía escapar de aquel agujero.

Me gusta la biblioteca, pensó, allí nacen los libros. Huele bien, a libros viejos y nuevos, los nuevos me gustan más. La gente no habla ni me mira mal, ¡hasta son amables! Y lo mejor es Mercedes, ella siempre me ayuda a encontrar lo que busco. Fue ella quien me presentó al Principito.

La biblioteca no era una gran instalación, todo lo contrario: estaba en la segunda planta de un edificio antiguo (sin ascensor), olía a humedad y estaba compuesto de muebles sobrantes de oficinas y escuelas del pueblo. No estaba bien organizada porque sólo había una empleada, la señora Mercedes, de sesenta y dos años. Era demasiado trabajo para ella, aunque se podía ver en su empeño el amor que le tenía a cada uno de aquellos libros. Podía ser una vieja amargada, y tal vez, fuera de esas paredes, lo era, pero allí siempre estaba disponible para ayudar a Eva con una sonrisa y una recomendación en la mano. Aun así, cuando la niña pensaba en la biblioteca, no se percataba de todos los errores por los cuales la mayoría de la gente prefería hacer sus consultas por internet (a parte de la clara comodidad); Eva se fijaba en la sección de literatura juvenil –porque la infantil se le había quedado pequeña–, en el suelo de ajedrez en el que se había sentado tres horas seguidas la primera vez que fue allí, en la luz natural que le permitía leer con mayor comodidad que la linterna de su habitación y, ante todo, en que Mercedes siempre le preguntaba qué le había parecido el último libro de su lista de recomendación. Cuando hablaba con Mercedes se sentía escuchada, era la única con la que tenía esa sensación.

Al relajarse, Eva consiguió respirar con normalidad. Aún escuchaba ese desagradable «aaaah» acompañado del movimiento de los cristales, pero el olor a libros de la biblioteca la ayudaba a contener la ansiedad por haber tomado una decisión: la de dejar morir al monstruo.

Lo escuchó toser o atragantarse (daba igual), el monstruo hacía sonidos guturales extraños y parecía ahogarse. Ahí estaba. Parecía intentar coger grandes bocanadas de aire con dificultad, una y otra vez. Eva debería estar feliz, por fin sería libre, pero en lugar de alivio, comenzó a notar como las lágrimas volvían a caer a borbotones. Sus ojos estaban muy abiertos, parecían mirar a través del armario. El monstruo iba a morir y ella… tomaría su lugar.

Capítulo 2

Una llave se introdujo en la puerta principal con mucho tacto, como si intentase hacer el menor ruido posible. Despacio, un hombre que rondaría los cuarenta años, abrió la puerta con la misma delicadeza. Iba uniformado de color verde, con un chaleco reflectante y la bandera de España en el hombro. Su mirada carecía de brillo, con el cuerpo encorvado y la cabeza gacha. Había sido un día agotador, y la incertidumbre de lo que le esperaría al llegar a casa lo había fatigado (llevaba ya muchos años fatigado).

Al escuchar ese sonido que lo había despertado tantas noches, alzó la vista alarmado. Se irguió, recuperando esos cinco centímetros que había perdido por el agotamiento, y miró al final de la escalera. Vio a su esposa (si podía llamarla así), de rodillas en el suelo, con las manos en el pecho y tosiendo con el rostro enrojecido por el esfuerzo. Sólo la vio un segundo antes de ir al baño con movimientos autómatas, suficiente para ver la sangre en sus manos y saber que le harían falta algunas cosas del pequeño botiquín debajo del lavabo. Era tan sigiloso que ni siquiera Eva –con un oído finísimo– había notado su llegada; de haberlo hecho, las lágrimas habrían dejado de brotar.

Cogió un par de gasas esterilizadas, betadine y unas pinzas; metió todo en su bolsillo y volvió ágil hasta las escaleras, donde las pasó de largo y entró en la cocina a por un vaso de agua. Todo lo hizo sin correr, dudar y con gran eficiencia. Podía deberse a su trabajo o al hecho de que no era la primera (ni sería la última) vez que se encontraba en esa situación. Ni siquiera se permitía pensar en que hubiese ocurrido de llegar un poco más tarde, si hubiese aceptado la invitación de Ricardo a acabar el día con una birra –como decía él– en el bar. Era difícil esquivarlo porque él siempre acababa el día allí, como si no quisiese volver a su casa. Podía entenderlo, un poco al menos. Tenía tres adolescentes que les gustaba la vida nocturna casi tanto como a él, una suegra con una nariz arrugada de forma perpetua, y una esposa que no dejaba de quejarse de los arreglos que hacían falta para la casa o que no tenía suficiente para las necesidades básicas de los «niños».

—¡Básicas! Dijo básicas, Jorge —había rosmado Ricardo un día que no se había podido escapar—. Claro, porque ese último Samsun Galasi no sé qué es de vida o muerte.

Llamó al camarero de la barra y pidió con un ademán otra cerveza; Jorge apenas había tocado la suya, habían llegado hacía cinco minutos. En cambio, parecía haberse perdido en la espuma de su cerveza, mirando furtivamente el reloj. Tenía la sensación de que las manillas iban hacia

atrás.

—Ojalá los pillase en la carretera borrachos, se iban a enterar, les pondría una de las gordas— dijo alargando los brazos para enfatizar—. Lo malo es que la parienta me lo haría pagar a mí y me mandaría al sofá un mes… Aunque no habría mucha diferencia, no sé si me entiendes…

Sí, lo entendía, pero no sabía hasta qué punto podía fiarse de un hombre que iba comiéndole el culo con la mirada a toda jovencita que se paseaba hasta la barra.

Por suerte, aquel día había conseguido librarse por los pelos.

Con todo listo, los utensilios de primeros auxilios en el bolsillo y el vaso de agua en la mano, Jorge subió las escaleras de dos en dos sin derramar ni una gota de agua. Al lado del marco de la puerta vio a Lucía, tosiendo y golpeándose las manos contra el pecho. Se había hecho varios cortes en las manos que salpicaban su cuerpo y la alfombra con cada golpe. Hincó una rodilla en el suelo y le acercó el vaso de agua a la boca. Ella, con los ojos desorbitados, le atestó un manotazo con las uñas en forma de garra. Jorge pudo apartar el vaso a tiempo, evitando más cristales por la alfombra, pero no pudo evitar que una de sus uñas de gata se le clavase en el mentón. La sangre cubrió el hueco y la ausencia de barba más abajo denotaba una cicatriz más antigua.

—¡NO me toques! —exclamó alargando el «no», como el grito inhumano de una bestia.

El olor a alcohol y sudor hizo que Jorge arrugara un instante la nariz. Se mantuvo quieto mientras Lucía se caía de espaldas, contorneándose a la vez que continuaba tosiendo. La melena (grasa), estaba pegada a su cuello, con algunos mechones por su rostro, en parte por la sangre que comenzaba a secarse y en parte por haber embadurnado la cara en la cerveza del suelo. Se fijó en que tenía también algunos pequeños cortes en la cara, poco profundos. Lo que más le preocupaba eran los cortes de las manos y lo que fuera aquello que la estaba atragantando. Viendo los cristales del suelo tendría que vigilar sus heces unos días –no sería la primera vez–.

Lucía estiró la mano, dejando un rastro ensangrentado en la pared de color beige.

Mierda, esa mancha no va a salir… y no sé si me queda pintura, pensó Jorge apretando los ojos con los dedos. Suspiró, miró el resto de la pared y se dijo a sí mismo que daba igual, que no desentonaría con el resto de la casa.

Llevó la mano al hombro se su esposa para ayudarla a incorporase. Antes de que ella se abalanzase de nuevo contra él, Jorge la tranquilizó con un ademán.

—Es vodka, Lucía, vod-ka —dijo gesticulando exageradamente.

Fue en ese momento en el que Eva supo que su padre estaba en casa, ya estaba a salvo del monstruo. Quiso llorar de alegría y salir para abrazarlo, pero ya no le quedaban lágrimas y tenía las piernas entumecidas por la postura. En lugar de eso, se quedó en el armario, aún no era seguro salir y estaba muy cansada.

Lucía, que cada vez estaba más roja, se abalanzó hacia el vaso y se lo arrebató de las manos, derramando una buena cantidad en el camino. Él miró impasible como la mayor parte del agua caía por fuera, mojando la camiseta blanca ya manchada de sangre y un extraño color amarillo en la zona de las axilas. Iba sin sujetador. Tal vez otro día eso le hubiese parecido sexy e incluso hubiese bromeado con ella de forma sensual, sintiéndose provocado por esos pantaloncitos minúsculos propios de alguien que aún no rozaba la treintena. Pero hoy no, hoy sólo debía cuidarla.

Cuando acabó toda el agua, dio una gran bocanada de aire y se desplomó de nuevo sobre el suelo. Soltó un sonoro «ahhh» y le dio un beso al vaso, como si este hubiese contenido el mismísimo elixir de la vida. Estaba ya en ese punto de embriaguez en el que no era capaz de distinguir lo que bebía. ¿Cuántas cervezas se había tomado? ¿Quince? ¿Habría llegado a las veinte? Ya lo descubriría después, al tirarlas en el cubo a media noche para que ningún vecino lo viese. Con una sonrisa torcida, Lucía dejó caer el brazo. El vaso rodó hasta las escaleras, siendo salvado en el último segundo por Jorge, quien lo dejó pegado a la pared detrás de él.

Repasó en silencio todas las tareas que tendría que hacer antes de acostarse (a parte de las diarias): limpiar a Laura, tal vez llevarla a urgencias, acostarla, recoger el estropicio, tirar las botellas… ¡Ah! Y darle de cenar a Eva.

Debía empezar por la primera de las tareas: lavar a Laura. Palpó su bolsillo, dispuesto a sacar todos los utensilios y curarla, pero sabía que no sería lo más sensato ni eficiente. Lo mejor sería llevarla a la ducha, así podría provechar para limpiar con agua las heridas y asegurarse de que no quedase ningún cristal imperceptible centro, después le vendaría las manos. Tendría que coger una muda limpia y echar esa a la cesta de la ropa sucia (o a la basura).

Jorge asió por los hombros a Laura para ayudarla a incorporarse. Se aseguró de evitar los sobacos, estaba seguro de que el olor ácido que le irritaba los ojos y ese surco amarillento de la camiseta no se habían

formado por el uso del desodorante. Ella intentó resistirse, cambiando la reciente sonrisa por una mueca de hastío. La zarandeó para que dejase de retorcerse y centrase su atención en él.

—Eh, Laura, ¿quieres un poco más de vodka? —dijo en un tono agudo, más propio para dirigirse a niños o mascotas.

Ella abrió los ojos fascinada. Un hilo de saliva comenzó a resbalarle por la comisura de la boca y Jorge se la limpió con el dedo con mucho mimo.

—Te daré más si eres buena y te duchas.

Laura lo apartó de golpe, haciendo que él se callera de culo. Apoyó la mano en la pared (dejando otra marca) e intentó levantarse. La primera vez no fue capaz de separarse más de dos centímetros del suelo. Lo intentó de nuevo, tomando un poco de impulso (dejando otra marca en la pared) y se irguió, aunque sólo consiguió quedarse de rodillas. Al ver que se tambaleaba hacia atrás, Jorge dio un salto y puso la mano en su espalda para evitar que cayese por las escaleras. Ella lo miró pidiendo auxilio, con un puchero en sus labios y largas pestañas enmarcando unos ojos vidriosos. Jorge sonrió, cansado, pero sonrió. Le apartó con ternura el pelo de la cara y la cogió en brazos. Ya de pie, Jorge miró a la solitaria habitación y se preguntó en qué escondite estaría Eva, no conocía el último.

—No salgas —dijo en voz baja para no sobresaltar a Laura—. Sal cuando escuches que meto a mamá en cama.

Eva ya no lo oyó, se había quedado dormida con la mano herida tocando el Principito.

Laura miró con recelo hacia la habitación y abrazó con más fuerza el cuello de Jorge, quien comenzó a bajar las escaleras para llevarla al baño de su habitación (arriba sólo estaba la de Eva y un pequeño estudio que usaban de trastero). En el camino, Laura le vomitó, aunque a Jorge no le importaba, ya no se sentía cansado. Simplemente reorganizó en su mente las tareas que tendría que hacer antes de dormir: limpiar a Laura, llevarla a urgencias, acostarla, recoger el estropicio, tirar las botellas, limpiar y secar el uniforme y… Acostarse al lado de su esposa. Sí, haría todo muy rápido para poder abrazarla mientras dormía.

Eva durmió toda la noche en el armario. A la mañana siguiente, se levantó y se vistió. Salió por la puerta sin tropezarse con ningún cristal –porque ya no había ninguno–, sólo una alfombra mojada y marcas nuevas en la pared. Se preparó un colacao que acompañó con unas galletas y desayunó sola, en silencio porque su padre ya se había ido a trabajar. Limpió todo

para que el monstruo no se enfadase, cogió su mochila y salió por la puerta para ir al colegio. También se lavó los dientes, aunque no le gustaba había leído que era muy importante para no tener que ir al dentista (y eso le gustaba menos). Además, cuando se enfermaba, el monstruo se enfadaba más.

Todavía era de noche cuando salió por la puerta.

El dedo le palpitaba, y juraría que de la herida parecía crecer algo negro parecido a una letra. Pero no le dio importancia, le gustaban las letras.

Capítulo 3

Había pasado una semana desde el incidente y Eva se encontraba en clase de matemáticas con un libro en las manos. Era la tercera asignatura del día; en realidad, estaba esperando a que su tutora entrase de un momento a otro por la puerta jadeando. Solía llegar tarde, por no decir que siempre llegaba tarde.

Los pupitres estaban en parejas: en filas de tres a lo ancho y cuatro a lo largo, con algún dibujo decorando los cristales producto de la profesora de plástica y con un audible desacuerdo de la tutora. Su compañera era Marta, quien había aprovechado la ausencia del profesor para sacar su nueva Barbie. Se giró con la muñeca hacia atrás y se deslizó, apoyándose en el pupitre de Sabina y dejando la silla en equilibrio sobre las dos patas traseras.

—¡Mira, mira! —exclamó con una voz irritante debido a la emoción—. Es igualita a mí, ¿viste? ¡Es nueva!

Eso captó la atención de Eva momentáneamente, solo había visto la muñeca por un segundo, pero juraría que no se parecía en nada a Marta. Tenía la piel negra, en contraste con la piel lechosa de ella; lo único que compartían era el pelo rizado, y ni siquiera era del mismo color. Sabina, siempre con sus dos coletas, no le llevó la contraria y se puso a chillar al ver la última adquisición de su amiga. La miraba con ojos lujuriosos porque de vez en cuando Marta le regalaba sus viejas muñecas y, en algunos meses, esa Barbie podría ser suya. Había intentado hacer lo mismo con Eva en el pasado, sólo una vez. Le bastó ver la falta de alegría en sus ojos cuando le había dado una de sus muñecas de Frozen (porque tenía dos) para saber que a ella no la podía comprar. Eva había dejado a un lado la muñeca con un indiferente «gracias» mientras enterraba de nuevo la cara en su libro. ¡Qué rabia sentía al verla siempre pegada a esos papeles, con ese pelo largo y despeinado tapándole toda cara! Desde entonces, Marta prefería buscar otras amigas más agradecidas –o devotas– para regalarle sus muñecas. Le gustaba la sensación que le producía ver la emoción de sus amigas por juguetes que a ella le sobraban. Era querida por todas, y le encantaba ser la favorita de la clase. Era por esa razón que había sido elegida delegada y la misma razón por la que volvería a serlo el año que viene.

Marta miró de reojo a Eva, quien estaba absorta de nuevo en su libro. Aunque no habían congeniado en la fiesta de pijamas, sentía rabia al pensar que era la única que le era indiferente de toda la clase. Se llevaban bien en la escuela, sí, pero no había rastro en su mirada de esa admiración que tanto cosechaba Marta. A Eva no le interesaban sus

muñecas; ni a ella sus libros.

Al pasar la página, Eva dejó al descubierto su mano. Hasta el momento había estado oculta por un traje de deporte color granate (dos tallas más grande) con varios remiendos maltrechos. De una extraña línea negra en su dedo índice, que casi parecía camuflarse con el papel del libro por su palidez, salía una espiral de formas negras que recordaban a letras. La espiral rodeaba todo su dedo y continuaba por su mano, desapareciendo bajo la manga. Marta, con la boca desencajada, casi perdió el equilibro al verla. Se impulsó hacia delante y dejó que las cuatro patas de la silla tocaran de nuevo el suelo con un golpe sordo que entre el ajetreo de la clase pasó inadvertido. Justo en ese instante, Sabina dio un salto y le arrebató la muñeca de las manos.

—¡Espera! —gritó Sabina—. Deja que la vea.

Marta abrió la boca indignada –olvidando a Eva– por el atrevimiento de su amiga. Se levantó de la silla y le arrancó la barbie.

—¡Es mía! —bramó con los brazos en jarras y mirándola desde arriba, le gustaba hacerlo.

Sabina se encogió en la silla, eran pocas las veces que veía a Marta perder la compostura.

—Sólo quería verla un momento, es muy bonita —musitó acongojada.

El cumplido pareció regocijar a Marta. Guardó la muñeca en la mochila y después miró a Sabina meneando el dedo con actitud moralista.

—Ya la verás en el recreo, ahora estamos en clase y la profe va a llegar— dijo con una sonrisa ladina.

No pareció darse cuenta de lo hipócrita que sonaban esas palabras en su boca, ni ella, ni nadie, porque Marta siempre tenía razón a ojos de los demás. La propia Sabina se disculpó y sacó con una rapidez nerviosa el libro de matemáticas y el cuaderno. Con una voz trémula, le preguntó si después le dejaría jugar con ella. Lo hizo con mucha educación y, como recompensa, Marta accedió encantada.

—Muy bien, Marta —dijo una voz pesada en la puerta. Hizo una pausa para respirar y continuó—: Sabina, estás castigada por alborotar la clase.

Marta apartó el pelo de su hombro y se sentó con una sonrisa. Tampoco nadie parecía notar que tenía un sexto sentido para saber cuándo un profesor estaba cerca. Sabina hizo el amago de protestar, pero su compañero, mucho más avispado que ella, le dijo que se callara. Así que Sabina se cruzó de brazos enfadada y se dispuso a escuchar las

indicaciones de su profesora, Doña Pili, aunque debía esperar a que recuperase de nuevo el aliento.

No era de extrañar que Doña Pili tuviese dificultades para respirar después de subir por las escaleras dos pisos hasta la clase de 3ºA. La habían apodado Doña Pilila a sus espaldas. El autor del mote –que se había propagado por todo el colegio– se llamaba Carlos y estaba sentado al final de la fila. Eva lo había escuchado hablar una vez con sus compañeros en el recreo. Estaba sentada en un banco con un libro en la mano (nada novedoso), cerca del campo de fútbol. Ellos estaban de pie en una de las esquinas preparados para echar un partido sólo los seis, porque el campo se lo habían quitado los de sexto. No habían reparado en su presencia, ella era invisible para ellos (y para todos). Aunque la hubiesen visto, posiblemente no habría cambiado nada.

—Que sí, que sí —reía entre dientes Carlos, intentando no alzar demasiado la voz—. Esas dos cosas enormes que le caen en su gigantesca barriga son las bolas y esas patas de palillo la pilila.

—¡Pero entonces la tiene muy corta! —dijo uno que parecía mucho más pequeño que él a pesar de que tenían la misma edad. Todos se rieron ante su comentario, era el compinche de Carlos.

Eva recordaba que no había entendido el símil que habían usado. No tenía sentido, ¿qué era la barriga entonces? Sin embargo, sí le parecía un poco extraña la forma en la que Doña Pili se movía. Parecía que siempre estaba usando dos zancos cuando andaba, zigzagueando con cada paso sin doblar las rodillas. Se dejaba caer en la silla de golpe, haciendo rechinar las patas como si se tratase de un perro recibiendo un golpe en la boca del estómago. Y cuando estaba sentada y la mesa tapaba parte de su cuerpo, su rostro robaba toda la atención. Su maquillaje era excesivo: polvos a tonel que remarcaban cada uno de los pelos y las arrugas que traían los años, o mejillas de un intenso rosado sólo aceptable en las quinceañeras enamoradas. Pero lo peor eran sus labios pintados de rojo, dos imperceptibles líneas con pintura corriendo por las arrugas hacia afuera.

Eva había aprendido en El retrato de Dorian Grey que una imagen puede reflejar el alma. Mientras veía a Doña Pili cruzar zigzagueando la clase hasta su silla, se decía a sí misma que, de representar ese cuerpo el alma de su profesora, ella debía de parecerse mucho al monstruo que la acechaba en casa.

—Te quedarás en el banco de abajo en el recreo —decretó Doña Pili mientras se desplomaba en su asiento provocando que la silla chirriase junto con Sabina. Sacó del bolso un abanico y comenzó a agitarlo. Eva, que estaba justo enfrente, podía ver como su maquillaje se corría con el sudor, y decidió que era mejor seguir concentrada en su libro—. Escribirás

cien veces: no se juega en clase. Y si acabas antes de que suene el timbre, escribes otras cien. ¿Entendido?

No hubo respuesta. Sabina estaba de brazos cruzados con la cabeza escondida en los hombros, evitando todo contacto visual con la profesora. Doña Pili dejó de abanicarse y clavó la mirada en Sabina, tenía la cara toda enrojecida.

—Le he preguntado si lo has entendido, señorita Herrera.

El tono severo hizo que Sabina se sobrecogiera.

—Entendido, Señora Pilil…— antes de que terminara la frase su compañero le dio un codazo.

—¿Qué ha dicho señorita Herrera?

Se alzó del pupitre arrastrando la silla.

—Entendido, Señora Pili— repitió alzando la voz y con las manos formando un puño.

La clase entera estalló en carcajadas, a excepción de Marta, que sólo elevaba la comisura de los labios disfrutando del momento. La profesora los calló con un autoritario «silencio». Retomó el ejercicio con el abanico y se acomodó en el asiento; no se levantaría de nuevo hasta que acabase la clase.

—Mira que eres tonta —susurró el compañero de Sabina mientras esta se volvía a sentar.

Por supuesto, todo esto le pasó inadvertido a Eva mientras seguía absorta en su historia. Había perdido un poco el interés en la tercera parte de la trilogía, pero no lo suficiente como para devolverla al mundo real. Si bien no era tan bueno como las dos primeras partes, jamás había dejado una historia sin terminar, y esa no sería la primera vez. Pasó la página, evitando hacerlo con el dedo herido (desde aquel día sentía un extraño hormigueo en el brazo y el dedo índice estaba especialmente sensible). Sólo le quedaban cien páginas y podría cambiar de historia; ignoraba si la euforia que sentía lo producía saber le final o el simple hecho de poder leer algo mejor. Tal vez ambas. Siempre sentía cierta tristeza al despedirse de sus nuevos amigos, personajes que la habían hecho reír y llorar. Personas que para ella eran más reales y auténticos que aquellos que la rodeaban. Ese libro, si bien no podría calificarlo de mejor amigo, le había dado buenas experiencias. Lo que más deseaba era descubrir la resolución del triángulo amoroso. No es que ella fuera muy romántica, sino que sentía una curiosidad natural hacia la variedad de parejas que los

escritores creaban –todas tan diferentes a la de sus padres-.

Lo que sacó a Eva de su trance fue una patada en la espinilla de Marta. Levantó la vista con timidez y una muesca de dolor, mirando la clase a través de un flequillo mal cortado. Todos estaban en silencio, con alguna que otra sonrisa perdida entre la tensión. No era la primera vez que verían lo que iba a ocurrir a continuación y algunos, como Marta, habían aprendido a disfrutar del espectáculo con sigilo.

Marta le indicó con la cabeza que levantase la vista. Eva se encogió, miró con tristeza el libro que tenía en sus manos (como si fuese un amigo que nunca más volvería a ver) y luego alzó la cabeza con actitud lánguida. Justo enfrente de ella se encontraba Doña Pili, inclinada sobre la mesa. Había dejado el abanico a un lado y golpeaba sus afiladas uñas contra la mesa, con un ritmo repetitivo; su sonrisa burlona completaba el compás. Eva sintió como el hormigueo del brazo se trasladaba a su estómago.

□Señorita Cantarilla □dijo con voz tranquila. La alegría en su voz sonaba espeluznante□, ¿no le he dejado claro reiteradas veces su falta de educación?

De todos los profesores, Doña Pili era la única que no usaba sus nombres y los trataba de usted. También era la única que le recordaba todos los días su apellido: Cantarilla. Muy apropiado para ella, solía pensar, al igual que el nombre que su madre le había dado en un arrebato de ira al cogerla por primera vez en brazos. Como una cantarilla, Eva se sentía frágil y fácil de sustituir. En realidad, no pensaba que la sustituirían si desapareciera, hasta pensaba que el monstruo se alegraría y convertiría su habitación en cualquier cosa que no le recordase a ella. En ese sentido, ni siquiera estaba a la altura de una cantarilla, aunque casi nadie las usase ya.

□Levántese □ordenó la profesora.

El hormigueo inicial se había extendido por todas sus extremidades y Eva temía perder el equilibrio si se levantaba. Pero ella obedeció, siempre obedecía. En el pasado la había castigado de múltiples formas. Las dos que más le gustaban era humillarla frente la clase y arrebatarle sus libros, sin devolvérselos nunca. Esta última era la que más odiaba Eva, porque obligaba a la dulce Mercedes a pagarlo en su nombre a la biblioteca. Las menos comunes eran castigarla sin recreo o enviarla con el director, porque no satisfacían a Doña Pili; a ella le gustaba ser la causante de su sufrimiento. Eso hacía que Eva la mirase con tristeza -cuando la profesora no la veía-, pensando en cuanto debía de sufrir una persona para llegar a comportarse con tanta crueldad. Cuanto más crecía, más eran las personas a las que miraba con tristeza.

Eva cerró el libro y lo dejó sobre el pupitre. Las patas de la silla rechinaron contra el suelo por más tiempo del necesario y algunos compañeros sintieron la necesidad de taparse los oídos. A Eva ese sonido no le molestaba, porque prefería ese sonido a estar frente a toda la clase.

□No □la detuvo□, trae el libro también.

Eva levantó la vista asustada. Quiso proferir una protesta, pero las palabras se atascaron en su garganta hasta formar una bola densa que casi la ahogó. Agachó la cabeza y el flequillo escondió sus ojos. Tenía la mirada borrosa, pero aunó fuerzas para tomar el libro en sus manos y abrazarlo. Hasta aquello que menos amas se convierte en una piedra preciosa cuando te los arrebatan, pensó con tristeza. Y pensó, con más tristeza aún, en la dulce Mercedes. Se acercó a la profesora con pasos vacilantes y aletargados. Ni siquiera era capaz de escuchar los cuchicheos de sus compañeros ni sus risas. Tampoco lograba sentir las bolas de papel que le lanzaron al pelo, y aunque la profesora los vio, se limitó a carraspear suavemente.

Ya frente de Doña Pili, esta tendió la palma de la mano para que le diese el libro, lo que hizo que Eva lo apretase con más fuerza en un acto reflejo por protegerlo. La profesora no hizo ningún gesto ni necesitó repetir nada, la mirada dura y distante fue suficiente para que el monstruo apareciese en su cabeza. Si Doña Pili no estuviese cansada de su trabajo –o si conservase una pizca de empatía-, tal vez lograría percibir el semblante empalidecido de Eva, su mirada perdida o el temblor de sus manos; incluso, de haber prestado atención, notaría la mueca de dolor cuando le rozó el dedo congelado al coger el libro. Pero a ella sólo le importaba su cheque y por eso no notó ninguna de las señales de auxilio que Eva mostraba desde hacía mucho tiempo. Cuando la mirada desapareció, la sombra del monstruo se mantuvo en la mente de Eva.

Levantó la mitad de su labio, dejando ver un colmillo de un blanco irreal manchado de carmín. Ya sabía lo que venía ahora y eso no la consolaba. La profesora daría un discurso moralista de cómo su educación era importante para su futuro y de como todas las decisiones que tomara desde su niñez la influirían en su futura carrera profesional (cosa que, aunque nadie se lo dijera, ella dudaba de que a su futuro jefe le importase lo que hacía con ocho años). Después del discurso, abriría el cajón superior derecho y guardaría allí el libro; la enviaría con el director porque era el tercer aviso de la semana y ella recibiría una nota que tendría que entregar a sus padres –como su padre llegaría tarde, se la entregaría a su madre, y con ello la encerraría en lo que Eva llamaba «la caja»-.

Y ojalá hubiese sido así, pensaría Eva más adelante.

Para su sorpresa, la profesora le dio un par de vueltas al libro, ojeando la cubierta con una mueca. Se paró unos segundo a leer la sinopsis mientras

Eva, parada al frente de la clase, notaba como el calor de su cara aumentaba con las miradas risibles de sus compañeros.

Doña Pili abrió el libro y el corazón de Eva se saltó un latido. Y podría jurar que se paró por completo cuando vio que la profesora saltaba sin vacilar a la última página. En ese momento, Eva dejó de escuchar a sus compañeros y se impulsó hacia la profesora, arrancándole el libro de las manos ante su mirada atónita. Sin darle tiempo a reaccionar, se dio la vuelta y salió corriendo de la clase, abrazando el libro con ambas manos.

Ojala hubiese pasado.

Ojalá hubiese tenido el valor.

Pero seguía plantada delante de la clase, con las lágrimas a punto de desbordar y el calor de sus mejillas acentuándose mientras veía como los ojos de Doña Pili recorrían cada una de las últimas líneas del libro, algo que ella aún no había podido hacer (y que anhelaba hacer). Ni siquiera cuando vio que la profesora tocaba la inmaculada página con uno de sus toscos dedos –manchados de carmín rojo– fue capaz de reunir el valor para quitarle el libro y huir. Dudaba de que las piernas le respondiesen si le mandaban sentarse en su pupitre, como si se hubiesen transformado en dos palos rígidos. Por eso esperó, porque en ese momento no era capaz de hacer nada más que mirar cómo le arrebataban a un amigo con el que aún no había hecho las paces. Y eso es algo que no te perdonas nunca.

El tiempo que a Doña Pili le llevó leer la última página fue demasiado largo, o eso le pareció a Eva, quien sentía que ella ya lo habría leído, por lo menos, tres veces. Ojalá hubiese tardado más, pensaría Eva más adelante. Porque a veces, al ver el final, anhelamos el miedo que sentíamos mientras esperábamos. Y ella lo echaría en falta, mucho.

La profesora humedeció los labios con la lengua, manchándola de carmín. Eva sintió grima, si todavía era capaz de sentir algo más que terror, al ver como por debajo de sus mejillas caídas pasaba la lengua por los dientes, casi como si tratase de quitar algún resto del desayuno. Aclaró la garganta a la vez que cerraba el libro con un golpe seco y sonrió con malicia. Fue ahí cuando Eva supo que ese día iba a ser diferente y que nunca lo olvidaría.

«Corre», dijo una voz en su cabeza, demasiado nítida para ser producto de su imaginación.

—Creo que debería citar a su madre para contarle qué clase de libros lee —dijo con voz altiva, con la barbilla levantada y el cuello estirado—. No creo que una relación poliamorosa, donde… ¿cómo era?, ¡ah, sí! Victoria, decide tener un hijo con cada uno, sea muy apropiada para una niña de ocho años que aún está aprendiendo como se concibe la vida—. La clase

se llenó de cuchicheos y risas entre dientes—. Así que voy a ahorrarle un libro que no debería ser para su edad. Quieren matar a su hija y se escapa a la tierra con uno de sus amantes, imagino que el otro irá a visitarla de noche, entre las sábanas.

Después guardó el libro en el cajón. Eva sólo escuchaba un pitido fino.

Lo ha dicho, no, no lo ha dicho… Sí, lo ha dicho… ¿lo ha hecho, verdad?, se preguntaba a sí misma Eva, incrédula, con una voz improvista de sentimientos, sin saber cómo sentirse.

«Lo ha hecho, sí», le confirmó la voz, que sí sonaba dolorida (incluso ofendida por no haberla escuchado antes).

A partir de ahí, Eva dejó de prestar atención -mejor dicho, no era capaz de hacerlo-. La profesora siguió escupiendo palabras inteligibles. Le puso una nota en la mano, seguramente para exigir que sus padres fuesen a verla, y la echó de la clase, camino a dirección. Eva sentía que todo le daba vueltas, y en cada paso que daba –lento y dubitativo– tenía la sensación de que el suelo desaparecería y caería en un agujero oscuro y solitario. ¿Estaría allí más tranquila?, se preguntaba.

☐Es muy triste que te arrebaten el final de un libro, pero es más triste que te arrebaten el tuyo— dijo la voz dolorida a sus espaldas.

Pero al girarse, el pasillo estaba vacío y el dedo palpitaba con tanta fuerza que casi podía oírlo.

Capítulo 4

Sintió el bofetón en su misma piel y apartó la mirada. Fue un impulso, igual que el reflejo de quitar la mano cuando tocas algo que arde. Sabía que si veía un segundo más como Eva se cubría la mejilla con su mano se le gravaría la imagen en cerebro como un flash te ciega las córneas. Jorge había visto muchas veces ese comportamiento entre los detenidos, sobre todo en altercados familiares y peleas callejeras. Recordaba un estudio que hablaba de como el tacto de nuestra mano sobre el foco del dolor podía darnos una sensación de consuelo, o incluso un alivio real. Y Eva intentaba consolarse, puede que ni siquiera fuese consciente de ello, pero la mano en la mejilla la ayudaba a aguantar mejor el dolor. Incluso puede que aguantara más que eso. Su madre, fuera de sí, escupía sobre la niña su decepción ante su comportamiento y como eso los llevaría a la miseria, le aseguró que no podía esperar nada de ella aparte de que le arrancase sus mejores años. Eva no levantaba la mirada. No solo evitaba la confrontación, también quería protegerse de los proyectiles de saliva.

Jorge se descubrió a si mismo quieto, en la entrada del salón, clavándose las uñas en las palmas. Impotente. No, esa no sería la palabra adecuada si hablamos del físico, porque él si tenía el poder para acabar con la situación. Le sacaba veinticinco quilos a Laura y dos cabezas. No es que él fuese corpulento, tampoco se podría decir que fuese alto —tenía una estatura común, dentro de la media—. Hasta se podría decir que de entre sus compañeros él era de los más enclenques. Y aun así, en dos zancadas se pondría a la altura de Laura, apartándola con el brazo sin mucho esfuerzo, igual que a las adolescentes borrachas a las tres de la mañana a la entrada de un pub. Así la había conocido. Ella (cogería un berrinche, claro está) no podría resistirse con ese peso enfermizo.

Y aun así, era impotente, impotente emocional. Porque era su culpa que ella tuviese esa vida, por ser incapaz de mantener la bragueta cerrada. Uf… pero cómo se habían quemado.

Le tranquilizó recordar que Eva estaba expulsada y que no sería tan grave si le quedaba alguna marca, aunque le doliese verla así. Ella ya lo sabía, sabía que no debía provocar a su madre. ¿Y qué era lo que llevaba en la mano que no se limpiaba con nada? Normal que Laura se enfadase. En el colegio la habían mirado por encima del hombro, parecía que pensasen que no tenía ni idea de cómo educar a una niña por ser una madre joven. ¿Quiénes se creían ellas para juzgarla? No sabían a todo lo que había tenido que renunciar. Seguro que sentían envidia por su belleza y juventud, porque todas ellas eran unas viejas amargadas que ni sus familias querían aguantar.

—Es posible que Eva tenga que repetir— había dicho la directora, que por su nariz arrugada parecía que siempre estaba oliendo un huevo podrido—,

incluso le recomiendo que la lleven a un psiquiatra, tal vez necesite medicación, no sé si me entienden.

No es que fuese experta en el arte de las indirectas, porque había quedado excesivamente claro que quería decir.

Nuestra hija no es idiota, pensaba Jorge.

Laura dejo de gritarle a Eva, quien ya no era capaz de contener las lágrimas y había convertido el suelo en una pequeña piscina, para moverse al sofá y meter la mano entre los cojines. De la nada apareció una botella de cerveza, lo que no sorprendió a ninguno de los de la sala. En ese momento Jorge le hizo un ademán a Eva para que se largara pitando del salón. No se lo repitió dos veces. Eva se fue, con la mano en la mejilla y un poco desorientada por el bofetón. Al llegar a las escaleras tropezó con el primer escalón. No hizo ruido, porque logró estabilizarse con las manos. No podía perder ni un segundo, no fuera que el monstruo se percatase de que se había ido. Subió las escaleras a cuatro patas lo más rápido que puso y siguió arrastrándose hasta su habitación.

Estaba a salvo, ¿no?

Laura entró como un torbellino en la habitación. Los tacones le molestaban y se deshizo de ellos con un par de sacudidas, estrellándolos contra la pared. Jorge, en silencio y con su calma habitual, la siguió hasta el dormitorio. Le encantaba cuando Laura estaba agresiva, y con ello la culpa parecía remitir. Tan dominante e impulsiva como aquella noche en el altercado, cuando se conocieron. Él de servicio, con su uniforme; ella con un labio partido y un minivestido rojo a juego con sus nudillos. Era como un dragón, lleno de fuego y muy peligroso, invencible.

¡Uf! Y como se quemaron.

Laura se desplomó enfrente del tocador. Odiaba el rostro que veía en el espejo, adulta y responsable, muy lejos de la realidad. Sabía cómo debía maquillarse para parecer mayor y que la gente no hiciese preguntas sobre la edad de su hija (que acababan en preguntas sobre la edad de Laura). No lo soportaba, no la soportaba. Sentía que le estaba robando los mejores años de su vida. Ahora tendría que andar de mochilera por Europa, acabando alguna carrera y yendo de bar en bar (y con romances intensos y fugaces en cada país). Pero aquí estaba, llenando el suelo de hebillas de un moño alto y enlacado propio de una treintañera. Los mechones de pelo caían desordenados y eléctricos sobre su espalda, con algún tirabuzón desparejo. Cogió un disco de algodón del cajón y lo empapó en desmaquillante. Quería quitarse ese maquillaje que la hacía mayor, que le robaba su juventud. No, necesitaba quitárselo. Quería ver

su piel suave, tersa, sin imperfecciones, sólo un poco manchada por las ojeras —fáciles de ocultar con un corrector—. Se frotaba en algodón por la piel con fiereza, como si hubiese una mancha y la restregase con fuerza para quitarla.

En la puerta, Jorge no podía quitarle los ojos de encima. Se derretía al verla agresiva y dominante. Ahora tenía el mismo pelo que la noche que se conocieron y eso lo volvía loco.

Había llegado poco antes que sus compañeros. Decidió ir por la entrada trasera el PUB, un callejón con un gran contenedor de basura al lado. Fue el ruido lo que lo atrajo. Golpes secos y la voz de una mujer mal hablada. Al llegar vio cómo le daba patadas en el abdomen a un chaval de su edad, y aunque el callejón estaba oscuro, estaba seguro de que aún les faltaba un cacho para ser mayores de edad. Él se encogió sobre sí mismo, intentando protegerse. Jorge no sabía (ni nunca supo) si el chaval no podía contraatacar o simplemente no quería. En el momento en el que Laura se percató de que había alguien mirando, el chaval aprovechó para escapar corriendo a duras penas. Nunca presentó cargos, y Jorge nunca les dijo nada a sus compañeros de lo que había pasado en aquel callejón. No le convenía.

Porque en el momento en el que Laura se llevó los nudillos a la boca para lamerse las heridas, supo que ella sería su perdición. Sí, estaba mal, lo tenía muy presente, se lo repetía a sí mismo cien veces por segundo en ese mismo instante. Quería dar media vuelta y salir corriendo de ese callejón. Pero esa mirada penetrante, la de una fiera a punto de cazar a su presa, hizo que se replanteara toda su moralidad —si alguna vez había tenido alguna—, y empezó a sentir que le gustaba lo prohibido. Que tal vez, no era tan malo, que lo suyo era amor del bueno. Laura lo notó y le encantó ver cómo se desmoronaba allí mismo, delante de ella, sólo por ella. Que poderosa se sintió.

Ese no fue el lugar más romántico para concebir a Eva: al lado de un contenedor de basura y a punto de ser descubiertos varias veces por sus compañeros (que llegaron más tarde). Tampoco es que fueran fáciles los siguientes meses de embarazo (en el que él no pudo estar casi en ningún momento), ni los años hasta que ella cumplió los 18. No, no fue fácil. Él pidió el traslado cuando se enteró de su embarazo para evitar cualquier chisme. Le mandó dinero —siempre a escondidas de sus padres para que nunca supieran nada de que él era el padre biológico— y la visitaba de vez en cuando, en algún motel de carretera donde sólo se quemaban. Empezaron una relación seria cuando ella cumplió la mayoría de edad y se casaron poco después. A ojos de sus padres él era el maravilloso hombre que rescató a su hija descarriada de una vida miserable.

No sabían la verdad, nunca la sabrían.

Se acercó a Laura, que estaba acuchillando con la mirada su propio reflejo. Se inclinó para besarla en la mejilla, notó el ardor de su piel y casi se quemó los labios. Laura le gritó que la dejara en paz, golpeándolo con la mirada. Jorge sonrió, le encantaba cuando se ponía así. Con una mano apartó su pelo enmarañado dejando al descubierto la piel translúcida de su cuello. La besó de nuevo en el lóbulo de la oreja, un beso que aparentaba inocencia pero escondía una lujuria muy escabrosa. Siguió besándola, bajando poco a poco por ese cuello tan fino a la vez que deslizaba sus tirantes, dejando sus hombros al descubierto.

Cuando Laura estaba tan enfadada, era cuando más se quemaban.

En la habitación de al lado, Eva se encontraba debajo de la cama, acurrucada con un cojín y una manta fina (muy fina para esta época del año). Había empapado el cojín de lágrimas, en silencio, porque si hacía ruido volverían a reñirle. La mejilla le latía casi con la misma fuerza que el dedo. Pero había algo en su interior, un sentimiento que no lograba comprender, que dolía mucho más que un bofetón o el corte infectado de una hoja de papel. Era un sentimiento que hacía que se le desbocara el corazón, que le provocaba una sensación de vacío en el estómago. Era parecido a cuando vas a una atracción que baja de pronto y hace que todos tus órganos internos se muevan —algo que Eva sólo había conocido una vez—. Pero no sabía que era. Puede que fuera algo normal, algo con lo que todos convivían. Tal vez ella era muy débil. Qué vergüenza. Todos reían y jugaban con ese sentimiento dentro de ellos y ella era la única que sentía que le faltaba el aire por su culpa. Porque era normal, tenía que ser normal. Llevaba tanto tiempo sintiéndose así que no podía haber otra explicación.

Ella se sentía más feliz durmiendo. ¿Cómo sería dormir para siempre?, se preguntó.

—Sería muy aburrido —dijo una voz a sus espaldas, debajo de la cama.

Eva no se inmutó al escuchar la voz extraña. Estaba encerrada en sí misma y la realidad se le hacía demasiado lejana. La extraña voz la abrazó, sintió sus brazos y la calidez de su cuerpo. Las lágrimas comenzaron a bombardear el rostro de Eva y apenas pudo contener el llanto. Era la primera vez que alguien la abrazaba. Pero allí no había nadie, sólo estaba ella debajo de la cama y el intenso latido del dedo que empezaba a sacudirle la mano entera.

Estoy loca o es un fantasma. Un poco de todo, puede, pensó confusa.

—Los fantasmas no existen, pero yo soy real.

Entonces estoy loca, se dijo a sí misma.

La voz pareció reír con compasión.

—Sólo los locos estás cuerdos.

Eva se quedó dormida. Otras noches le habría costado más conciliar el sueño al escuchar ruidos rítmicos en la habitación de al lado. Pero esa noche no, porque la voz había puesto sus manos en las orejas de Eva (si acaso se pudiera decir que tenía manos).